

ZONA ARQUEOLÓGICA

PIONEROS DE
LA ARQUEOLOGÍA
EN ESPAÑA
DEL SIGLO XVI A 1912

NÚMERO 3
ALCALÁ DE HENARES, 2004



MUSEO ARQUEOLÓGICO REGIONAL

Consejo de Administración

PRESIDENTE

Santiago Fisas Ayxelà

VOCALES

Isabel Martínez-Cubells Yraola

Álvaro Ballarín Valcárcel

Javier Hernández Martínez

Clara Eugenia Núñez Romero-Balmes

Bartolomé González

Arsenio Lope Huerta

Luis Alberto de Cuenca

SECRETARÍA

Teresa Huidobro Infante

Museo

DIRECTOR

Enrique Baquedano

JEFE DEL ÁREA DE CONSERVACIÓN

E INVESTIGACIÓN

Antonio F. Dávila Serrano

JEFE DEL ÁREA DE ADMINISTRACIÓN

Antonio Esteban Parente

Publicación

COORDINACIÓN CIENTÍFICA

Mariano Ayarzagüena Sanz

Gloria Mora Rodríguez

COORDINACIÓN TÉCNICA

Joaquín Panera

TEXTOS

Juan Manuel Abascal

Martin Almagro-Gorbea

Asunción Almela Boix

Francisco Ayala-Carcedo

Mariano Ayarzagüena Sanz

Luis J. Balmaseda

Enrique Baquedano

Magdalena Barril Vicente

José Beltrán Fortes

M^a José Bernárdez Gómez

Jordi Cortadella

Manuel Delgado Torres

A. José Farrujía de la Rosa

Helena Gimeno Pascual

Joaquín L. Gómez-Pantoja

Juan Carlos Guisado di Monti

Ana Carmen Lavín Berdonces

Fernando López Ciudad

Miguel Angel López Trujillo

Jorge Maier Allende

Juan L. Más Hernández

Jaume Massó Carballido

Carlos Moncó García

Gloria Mora Rodríguez

Bartolomé Mora Serrano

Carlos Ortiz de Urbina Montoya

Concepción Papí Rodes

María Isabel Porras Gallo

Octavio Puche Riart

Manuel E. Ramírez Sánchez

Victor M. Renero Arribas

Pierre Rouillard

Jesús Salas Álvarez

Jacinto Sánchez Gil de Montes

M^a Luisa Sánchez Gómez

Armin U. Stylow

Trinidad Tortosa

Felipe Tostón Menéndez

Santiago Valiente Cánovas

L. Gerardo Vega Toscano

Fernando Villaverde Mora

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

gráfica futura

FOTOGRAFÍA

© de los autores e instituciones

FOTOMECÁNICA

Cromotex

IMPRESIÓN

Gráficas Algorán S.A.

ISSN

1579-7384

DEPÓSITO LEGAL

M-25480-2004

Fidel Fita

Juan Manuel Abascal

Universidad de Alicante

juan.abascal@ua.es



Fidel Fita y Colomer
(Arenys de Mar, Barcelona, 1835 -
Madrid, 1918)

Retrato en la Real Academia de la
Historia. M. Almagro-Gorbea (ed.),
*El Gabinete de Antigüedades de la
Real Academia de la Historia*,
Madrid, 1999, pág. 150, fig. 116.

Introducción

A caballo entre el liberalismo religioso, el respeto a los postulados jesuitas y las buenas relaciones con casi todos los gobiernos que conoció, Fidel Fita (1835-1918) fue testigo y protagonista de una época apasionante en la historia de España; heredero de los últimos ecos ilustrados, se sumó a los aires neopositivistas que llegaban de la Alemania prusiana y construyó un mundo privado en el que la página escrita constituyó una auténtica obsesión.

Volcado en la investigación, Fita abrió las puertas editoriales a muchos hispanistas europeos que compartieron con él el todos sus descubrimientos. Lector infatigable, su erudición es evidente en cualquiera de sus escritos de madurez y Menéndez Pelayo le consideró el más fecundo historiador de su tiempo (Menéndez Pelayo, 1978, vol. I: 23). Fita estuvo especialmente atento al mundo de la antigüedad y el medievo, de modo que tanto el hebraísmo como la historia antigua y la historia eclesiástica tienen con él una deuda de gratitud.

Aquellos que le conocieron destacan en él su pasión por el trabajo y su infatigable acumulación de conocimientos. Educado en el estudio, su trabajo estuvo ligado durante casi cuarenta años a la Real Academia de la Historia, que le abrió las puertas de Europa y le proporcionó el reconocimiento de muchas instituciones científicas de la época.

Al mismo tiempo, Fita desarrolló una constante actividad pastoral, evidenciada en sermones, viajes y escritos, que nos recuerdan permanentemente su condición de jesuita, y que constituyen uno de los motivos de su actividad epistolar; esta práctica epistolar, abrumadora en algunos momentos de su vida, le facilitó el contacto con eruditos e investigadores de casi todas las ramas del saber humanístico y su callada diplomacia le granjeó la simpatía de sus contemporáneos en España.

Los primeros años (1835-1876)

Fidel Fita nació en Arenys de Mar (Barcelona) el 31 de diciembre de 1835 (Pérez de Guzmán, 1918: 97-112); tras comenzar sus estudios en Barcelona, los oficios de su paisano y jesuita Francisco Forn y Roget le llevaron a ingresar en 1850 en la Casa de los Jesuitas de Aire-sur-Adour (Landas); a partir de esta fecha, unas veces por orden de sus superiores y otras por las imposiciones de la situación política, se sucedieron los viajes y los exilios durante más de veinte años; de este modo, le encontraremos en 1852 en Nivelles (Bélgica), enseñando Humanidades y Griego en Loyola en 1853, exiliado en Laval (Francia) durante el bienio progresista (1854-1856), como profesor de latín y francés en Carrión de los Condes (Palencia) en 1857, y más tarde en Loyola (1858), de nuevo Carrión (1859-1860) y, por fin, en el Colegio de San Marcos en León (1860-1866) en donde fue ordenado en 1863.

En aquellos años, Fita tuvo la oportunidad de convertirse en uno de los mejores lingüistas de la Compañía, pues dominaba el latín, el griego y el hebreo, pudiendo mantener correspondencia en alemán, inglés y, por supuesto, en francés. León fue para Fita una segunda patria y la ciudad que despertaría su vocación investigadora; aquí comenzaron sus estudios históricos (Fita, 1866), sus contactos con la Academia y su amistad con Eduardo Saavedra (1829-1912) y con Ricardo Velázquez Bosco (1844-1923).

Entre 1866 y 1868 Fita vivió en Cataluña (Manresa, Balaguer y Tortosa), donde las revueltas de 1868 le forzaron a un nuevo exilio francés en Vals-près-de-Puy; poco después, la guerra franco-prusiana de 1870 le obligaría a regresar a España, esta vez al Seminario Conciliar de Gerona, para residir durante cuatro años en Banyoles (Gerona, 1870-1874). Allí comenzó su relación con Pere Alsius (1839-1915), al tiempo que creció su interés por la historia de Cataluña y por las inscripciones hebreas, fundamentalmente gracias al contacto con Enrique Claudio Girbal.

A finales de 1874 Fita residía ya en Barcelona (1874-1876) en casa de su hermano Antonio, dedicado al ministerio sacerdotal. En estos años catalanes Fita escribió un buen número de trabajos relativos a hallazgos arqueológicos y a inscripciones tanto de Cataluña como de su segunda patria, León, lo que demuestra que había viajado con sus archivos durante todos estos años.

La etapa madrileña (1876-1918) y la labor en la Academia

Fita vivió por y para la Real Academia de la Historia, primero como Correspondiente en León desde 1865, más tarde en Barcelona, y luego como Académico de número tras la propuesta realizada en 1877 por Fernández-Guerra, Barrantes, De la Rada y de su valedor Eduardo Saavedra (Mañas, 1983); su discurso de ingreso, leído en 1879 (Fita y Saavedra, 1879), trató sobre la vida y obra de Juan Margarit, obispo de Gerona del siglo XV y conocido como *El Gerundense*; en este texto abordaba ya la necesidad de restituir la historia del pasado a partir de lo particular, del sencillo dato revelado por una inscripción o un hallazgo arqueológico, lo que habría de ser una constante en toda su obra. Fita ocuparía la medalla nº 4 (Vargas-Zúñiga, 1981: 287-290).

Elegido académico, sus publicaciones históricas le habían granjeado ya un cierto prestigio a nivel nacional e internacional, y su nombre empezaba a aparecer asociado a la historia de los hebreos españoles, al estudio de la Iglesia en España y a la epigrafía latina.

En estos primeros años madrileños aparecería el libro escrito en colaboración con A. Fernández-Guerra (Fita y Fernández-Guerra, 1880; 1993), y su trayectoria profesional se orientó de forma decidida hacia la epigrafía romana. En aquellas fechas, los intercambios epistolares de Fita con otros eruditos hispanos son aún escasos, pues los Correspondientes de la Real Academia aún no habían descubierto a Fita como interlocutor.

Sin embargo, desde 1884 Fita recibe ya información directa y abundante sobre epigrafía hispánica que empieza a llegar a sus manos a buen ritmo. La simiente tranquilamente sembrada durante años comienza a dar sus frutos, y para el jesuita se abre una etapa de intensa actividad intelectual: publicaciones y conferencias jalonan día a día su etapa madrileña, cada vez más volcada en la vida de la Academia.

En la Academia de la Historia Fita participó en las Comisiones de La España Sagrada, Antiqüedades, Boletín, Diccionario Biográfico, Estudios Orientales, Vías romanas, Indias y Cortes y Fueros, fundamentalmente por leer “el antiguo idioma del Principado”; desde 1883 asumiría la dirección del *Boletín* de la Institución junto a J. de Dios de la Rada y Antonio Delgado, y en él tuvo una constante presencia no sólo por sus artículos sino como editor de las crónicas académicas con Antonio Rodríguez Villa y Cesáreo Fernández Duro.

De su protagonismo da idea su elección para contestar diversos discursos de ingreso de nuevos Académicos (Fernández Casanova y Fita, 1914; Solano y Fita, 1900; Mélida y Fita, 1906). La Academia brindó a Fita la oportunidad de conocer el acervo documental de la Institución, lo que daría lugar a una intensa producción científica que alcanzó cotas inimaginables.

Superado un intento de sus superiores de trasladarle a Barcelona en 1880 (García Iglesias, 1997b), la Compañía de Jesús toleró la dedicación casi exclusiva de Fita a la vida científica; a ello contribuyeron sus difíciles relaciones con el provincial Agustín Delgado y su proximidad a Miguel Mir y a los unionistas católicos, lo que aconsejaba alejarle de la actividad pastoral. Al mismo tiempo, este difícil clima le traería algunas complicaciones accidentales, de las que puede ser ejemplo la negativa de la Compañía a que dirigiera la parte arqueológica de la representación española en la Exposición de Chicago de 1893, pese a la petición expresa de Cánovas.

En los últimos años del siglo la labor de Fita en el *Boletín* debía absorber prácticamente todo su tiempo; en una Academia que reunía a las figuras de más talla científica de su época, Fita no brillaba de forma especial, como lo prueban las dificultades que tuvo para ser elegido Anticuario Perpetuo en 1909, frente a la candidatura del numismático Antonio Vives, al que sólo superó por su mayor antigüedad.

A partir de ese año de 1909 Fita camina con pasos más firmes en la Institución. Sus informes son cada vez más numerosos y probablemente la correspondencia diaria le desborda a juzgar por las noticias y trabajos con que inunda el *Boletín* académico. El joven Fita que fuera elegido Correspondiente a los 30 años tenía ahora 75 y era uno de los miembros más antiguos de la Corporación; ¡qué lejos quedaban León y sus inscripciones! A su lado seguía aún Eduardo Saavedra, el compañero de juventud y de inquietudes, que compartía con él la actividad de la Academia y al que se llevó para siempre el invierno de 1912, el invierno en que Fita iba a sustituir a Marcelino Menéndez Pelayo como Director de la Real Academia de la Historia.

A partir de esa fecha se sucederían homenajes y distinciones de las que no siempre conservamos noticia (Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso XII, Socio honorario de la *Société des Études Juives* de París, elegido para ocupar el sillón Q en la Real Academia de la Lengua, académico de la Real de Bellas Artes de San Fernando, Correspondiente del Instituto Arqueológico Germánico y del Instituto Arqueológico de Roma, etc.).

Más joven que Saavedra y con buena salud, Fita tenía aún por delante varios años para dirigir la Institución dedicado a ella en cuerpo y alma; aunque en sus últimos meses de vida habría de suavizar su ritmo de trabajo y centrar su actividad en la Residencia de los jesuitas, en 1912 Fita conservaba aún una gran vitalidad.

El último gran acontecimiento de su vida académica fue la reelección como Director de la Corporación el 10 de diciembre de 1915, respaldada por el voto unánime de los asistentes; para entonces ya colgaba en la galería de la Academia el retrato del sabio jesuita, obra de Lozano Sidro y pintado en 1913.

Debido a las delicadas condiciones físicas impuestas por su edad, en 1917 Fita había dejado de viajar fuera de Madrid y no pudo presenciar siquiera el homenaje tributado en su ciudad natal el 25 de noviembre de 1917; aunque asistió a la sesión académica del 28 de diciembre de 1917, el 2 de enero de 1918 comenzaron las primeras fiebres y murió el 13 de enero de 1918 a las 3 de la tarde. Bernardino de Melgar afirma que unos minutos antes de morir, cuando sus compañeros de residencia sugirieron que necesitaba de tranquilidad y sosiego, Fita se limitó a decir: «¡Yo lo que necesito es un amanuense!».

En las múltiples crónicas editadas a su muerte se pueden leer elogios de todos los tipos y procedencia pero, sin duda alguna, el de mayor elocuencia para medir el talante liberal del sa-

bio jesuita es el que le dedicó Rafael de Ureña cuando en el *Boletín* de 1918, refiriéndose a sí mismo, dice: «Así llegó a la Academia de la Historia este viejo profesor positivista y político de la extrema izquierda, por la iniciativa y la propuesta de aquel virtuoso y ejemplarísimo sacerdote».

La epigrafía y la red de corresponsales

La correspondencia conocida de Fidel Fita comienza a ser numerosa cuando el jesuita reside ya en Madrid y eso porque la Academia y la residencia de la Compañía en que vivía se convirtieron en sus dos archivos estables en los que todo se podía almacenar, llegando a ocupar varias habitaciones en esta última, como afirman sus compañeros.

De la etapa anterior a 1875 conocemos muy pocas cartas, debido a los continuos cambios de domicilio; esto contrasta con las más de dos mil cartas de las que tenemos noticia del periodo 1879-1918, época en la que Fita dedicaba gran parte de su tiempo a esta actividad epistolar con otros jesuitas belgas, franceses, austriacos, etc., con historiadores de la Iglesia y por su supuesto con su maestro en epigrafía, el alemán Emil Hübner. De estos años data la creación de su activa red de corresponsales estables, una vez fijada su residencia en Madrid (Abascal, 1996).

Con las inscripciones, las cartas traían también peticiones tan curiosas como cartas de recomendación, nombramientos como Correspondientes de la Academia, etc.; no siempre sus interlocutores compartieron con altruismo los datos que le suministraban, como prueba una amenaza de llevarle a los tribunales en 1911 por parte de un correspondiente que exigía el pago de sus servicios.

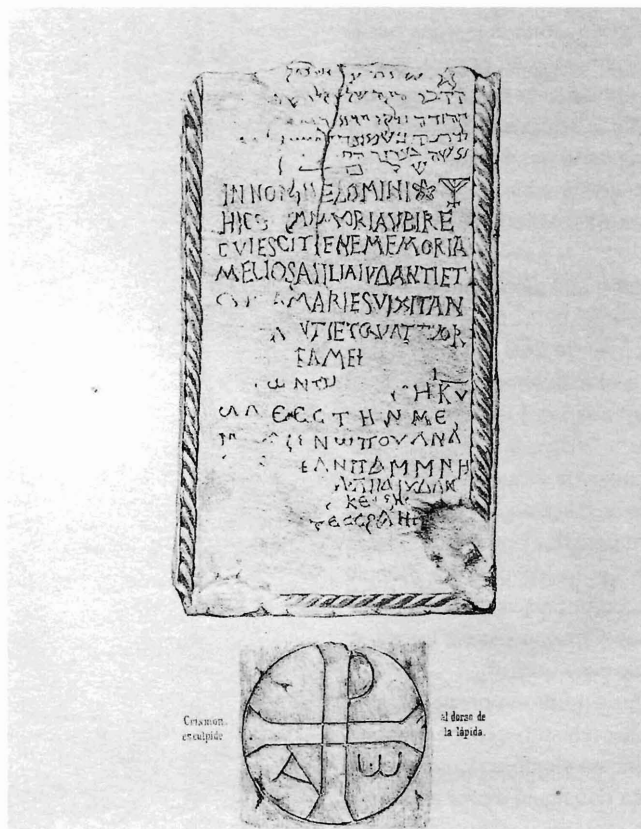
En quien tanto usaba del correo para su trabajo se entiende una preocupación extrema por el funcionamiento del sistema de correos de la época, del que se queja en sus cartas continuamente (24 de abril de 1874: «*los correos están aquí que ni peor en Africa*»); la misma preocupación parece mostrar por la fidelidad de los calcos que recibe de sus corresponsales, hasta el punto de que llega a explicarles cómo habían de hacerlos para mejorar su calidad, una enseñanza que Fita había recibido de Isidoro Loeb.

Fidel Fita editó inscripciones de casi todas las regiones españolas, pero la heterogénea y poco uniforme red de corresponsales de que dispuso hace que existan zonas «oscuras» en su investigación, como ocurre con Aragón, parte de las dos Mesetas, el litoral sur mediterráneo o la cornisa cantábrica; sus cientos de artículos sobre inscripciones romanas españolas constituyen, hoy por hoy, la mayor empresa individual tras la de Hübner en este campo científico.

Fita fue respetado por multitud de eruditos extranjeros, que vieron en él el interlocutor válido para comentar sus impresiones históricas y sus descubrimientos sobre la historia de España (Frias, 1919). Entre estos hay que citar, por encima de cualquier otro, a Hübner, con quien mantuvo relaciones cordiales desde los años leoneses y especialmente desde 1879, lo que le valió una propuesta como Correspondiente en el Instituto Arqueológico Alemán de Berlín; sus cartas habrían de servir para incorporar al *Corpus Inscriptionum Latinarum* noticias imposibles de conseguir por otros conductos, como lo reconoció el propio Hübner al referirse a Fita en el prólogo a su obra; a la muerte de Hübner, Fita prodigó las mismas atenciones a Hermann Dessau; pero entre sus corresponsales extranjeros también encontramos a figuras de la talla de Jules Tailhan, el jesuita historiador de la España visigoda, C. Sommervogel, el gran bibliógrafo jesuita, Isidoro Loeb, George Bonsor y Horace Sandars.

En España, Fita fue un consuelo constante para muchos aficionados y curiosos que, lejos del mundo editorial de Madrid o Barcelona, tenían interés en el pasado remoto de su ciudad o su pueblo; párrocos, eruditos locales, aficionados a la historia de todas las edades, etc. encontraron en Fita unas palabras de apoyo y estímulo para su trabajo, aunque muchas veces el ánimo de notoriedad editorial que perseguían no pudiera ser satisfecho por el jesuita.

Entre los interlocutores y corresponsales de Fita se encuentran Francisco Llorente (Ávila), el Marqués de Cerralbo, Luis Jiménez de la Llave (Talavera de la Reina) y Romualdo Moro (Palencia-Cantabria); en Cataluña sus principales informantes fueron José Soler y Palet, Elías de Molins, J.



Lápida trilingüe de Tortosa.
F. Fita, "Lápida trilingüe de Tortosa",
Museo Español de Antigüedades
VI, 1875.

Puig i Cadafalch, Botet i Sisó y Celestino Pujol; en Extremadura gozó de la confianza de Pedro M^o Plano, José Cascales, el Marqués de Monsalud y Maximiliano Macías (García Iglesias, 1995, 1996 y 1997a); en Andalucía sus relaciones se canalizaron a través de Jiménez de Cisneros, Enrique Romero de Torres, George Bonsor, Francisco de Asís Vera y Horace Sandars, entre otros. Fuera del mundo profesional, Fita mantuvo relación epistolar con personajes de la talla de Antonio Maura, Antonio Cánovas o Camilo García de Polavieja. Su amistad fue especialmente directa con Eduardo Saavedra, valedor e impulsor de sus primeros trabajos; durante más de medio siglo compartieron preocupaciones e intereses, primero en León hasta 1866 y desde 1879 en Madrid.

Fita fue un incansable viajero antes de su etapa madrileña, primero desde el colegio de San Marcos en León y más tarde durante sus estancias en Cataluña entre 1860 y 1877. Desde su llegada a Madrid, simultaneó sus investigaciones históricas con los viajes pastorales a otros puntos de España, pero poco a poco se fue haciendo sedentario, probablemente tras descubrir el valor documental de los archivos que tenía a su alcance y el inmenso caudal de noticias que enviaban sus corresponsales desde todos los puntos de España; ese sedentarismo no fue un hecho aislado en el ambiente intelectual en que se movía Fita, pues algunos de sus compañeros de Academia se nutrían en gran parte de información documental y de correspondencia para elaborar sus grandes obras.

Esos viajes se sucedieron desde 1880 y tuvieron como destino Andalucía y Cataluña, Galicia para las estancias veraniegas y algunos lugares próximos a Madrid, fundamentalmente en las provincias de Toledo y Segovia; a Extremadura, en donde Fita disponía de las crónicas enviadas por el Marqués de Monsalud (1858-1910), sólo viajó de forma excepcional en 1894, entrando en contacto con nuevos corresponsales y visitando algunas localidades pacenses como Salvatierra, Villafranca de los Barros o Mérida.

La actividad editorial

Fita ha sido definido como epigrafista, como historiador de la iglesia y como documentalista, siendo ciertas todas estas identidades y otras más que se quieran añadir, pues su producción bibliográfica abarca una enorme variedad de temas. Aunque simultaneó los estudios de diversa temática, los dos hilos conductores de su producción son la epigrafía hispano-romana y la historia de la Iglesia en España, campos abonados por su dominio de las lenguas clásicas y del hebreo.

Desconocemos textos impresos de Fita anteriores a su *Epigrafía romana de la ciudad de León, con un prólogo de D. Eduardo Saavedra*, León 1866. El libro tuvo un extraordinario éxito tanto en España como en Alemania, y le valió las atenciones de Hübner. Durante el exilio belga y francés de 1868-1870, Fita editó *Tablettes historiques de la Haute-Loire* (1870), y sólo tras su vuelta a España reemprendió los estudios sobre la Península Ibérica, centrados obviamente en la Cataluña natal que le iba a servir de residencia en esta etapa.

Entre sus primeros estudios de estos años gerundenses y barceloneses figuran varios trabajos sobre inscripciones de Cataluña, y aún antes de entrar en la Academia, Fita daría a la imprenta su conocido discurso sobre la Inmaculada, que tanta fama alcanzó en la época, y el conocido estudio del sarcófago gerundense de San Félix.

Entre sus primeras preocupaciones de la etapa de madurez en Madrid figuran los estudios célticos, estimulados por las obras de Joaquín Costa y por algunos trabajos de Aureliano Fer-

nández-Guerra; su obra *Restos de la declinación céltica y celtibérica en algunas lápidas españolas* (Madrid 1878), le permitiría un generoso uso de propuestas etimológicas pero le valdría críticas posteriores, incluida la de Unamuno. Este tema le supondría también la única acusación de plagio de que tenemos noticia, protagonizada por Bernardino Martín Mínguez tras escuchar la contestación de Fita al Discurso de ingreso de José Ramón Mélida en la Academia en 1906.

De aquellos primeros años madrileños data también *Recuerdos de un viaje á Santiago de Galicia* (Madrid 1880; La Coruña 1993), el libro escrito con Aureliano Fernández-Guerra y probablemente el trabajo histórico de mayor repercusión en su época.

No fue Fita un hombre pródigo en monografías sobre inscripciones o antigüedades; casi toda su producción sobre epigrafía romana, con la excepción del librito leonés de 1866 y de lo recogido en *Recuerdos de un viaje á Santiago...*, debe seguirse en los más de 200 artículos sobre este tema que se publicaron en el *Boletín académico* desde 1883; el más antiguo de ellos es su estudio sobre el "Bronce de Luzaga", en donde se aunaban el interés por los estudios célticos y los intereses epigráficos.

Sorprende que Fita no se implicara más en los grandes acontecimientos arqueológicos de la España de comienzos de siglo; contemporáneo del también jesuita J. Furgús, de P. Paris y en extraordinarias relaciones con Juan de Dios de la Rada, Fita pasó de puntillas por la arqueología de su tiempo, absorto permanentemente en estudios documentales y epigráficos. Su silencio es todavía más desconcertante si tenemos en cuenta que mantuvo contactos diarios con algunos de los protagonistas de los acontecimientos: es el caso de Juan Catalina García López, el Marqués de Cerralbo, José Ramón Mélida o su mejor amigo, Eduardo Saavedra.

Comprometido con la publicación en España de las novedades que en Europa pregonaban la antigüedad hispano-romana, Fidel Fita creó en pocos años una tradición historiográfica en torno a la epigrafía romana peninsular. Heredero de empeños unipersonales no siempre rigurosos que habían jalonado la bibliografía española de los siglos XVII y XVIII, Fita consiguió elevar a categoría científica el interés por las fuentes documentales de la Hispania romana, convirtiendo en tarea propia lo que ya en esa época debería haber sido un esfuerzo colectivo.

Su obra, con todas las imperfecciones consustanciales al nivel de los conocimientos de la época, constituye un avance sustancial en la investigación, y sirvió para crear en torno a la Real Academia de la Historia una tradición que continuaría primero Manuel Gómez Moreno y más tarde Joaquín María de Navascués.

Reconocido en su tiempo, en gran parte olvidado hoy por las jóvenes generaciones de investigadores, el mundo de Fidel Fita constituye una referencia inexcusable en la historia de la investigación en España.

Bibliografía escogida

- FERNÁNDEZ CASANOVA, A. y FITA, F. (1914): *La catedral de Avila. Discurso leído por A. Fernández Casanova en el acto de su recepción pública y contestación de D. Fidel Fita Colomé, el día 24 de mayo de 1914*. Madrid.
- FITA, F. (1866): *Epigrafía romana de la ciudad de León, con un prólogo y una noticia sobre las antigüedades de La Milla del Río por D. Eduardo Saavedra*. León.
- y FERNÁNDEZ-GUERRA, A. (1880): *Recuerdos de un viaje a Santiago de Galicia*. 1880 (La Coruña 1993).
- y SAAVEDRA, E. (1879): *El Gerundense y la España primitiva. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del R.P. Fidel Fita y Colomé, de la Compañía de Jesús, el día 6 de julio de 1879. Contestación de Eduardo Saavedra*. Madrid.
- MÉLIDA, J.R. y FITA, F. (1906): *Iberia arqueológica ante-romana. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Ilmo. Sr. D. José Ramón Mélida el día 8 de diciembre de 1906. Contestación del R.P. Fidel Fita*. Madrid.
- SOLANO GÁLVEZ DE SAN PELAYO Y VILLALPANDO, M.C. (Marqués de Monsalud) y FITA, F. (1900): *Arqueología romana y visigótica de Extremadura. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Excmo. Sr. D. Mariano... el día 3 de junio de 1900. Contestación de Fidel Fita*. Madrid.

Bibliografía complementaria

- ABASCAL, J.M. (1996): "Fidel Fita y la epigrafía hispano-romana", *BRAH* 193.2: 305-334.
- ABASCAL, J.M. (1999): *Fidel Fita (1835-1918). Su legado documental en la Real Academia de la Historia*. Madrid.
- FRIAS, L. (1919): "La correspondencia científica del P. Fita con sabios extranjeros", *BRAH* 74: 493-509.

- GARCÍA IGLESIAS, L. (1995): "Cartas de Roso de Luna al P. Fidel Fita S.J.", *Revista de Estudios Extremeños* 51, 221-230.
- GARCÍA IGLESIAS, L. (1996): "Corresponsales pacenses del P. Fidel Fita, S.J.", *Memorias de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes*, vol. 3, Trujillo: 189-223.
- GARCÍA IGLESIAS, L. (1997a): *El noble estudioso de Almendralejo. Autógrafos del Marqués de Monsalud en el Archivo del P. Fidel Fita S.J.* Badajoz.
- GARCÍA IGLESIAS, L. (1997b): "Las dificultades del P. Fidel Fita S.J. para afincarse en Madrid", *BRAH* 194.3: 525 - 588.
- MAÑAS, J. (1983): *Eduardo Saavedra, ingeniero y humanista*. Madrid.
- MENÉNDEZ PELAYO, M. (1978): *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, 3ª ed.
- PÉREZ DE GUZMÁN, J. (1918): "El Excmo. Sr. y R.P. D. Fidel Fita, S.J., Director de la Real Academia de la Historia [notas biográficas]", *BRAH* 72: 97-112.
- VARGAS-ZÚNIGA, A. (Marqués de Siete Iglesias) (1981): *Real Academia de la Historia. Catálogo de sus individuos. Noticias sacadas de su archivo I. Académicos de número*. Madrid.